

ACEDIA: “TRISTEZA SIN ESPERANZA”

Introducción. ¿Qué es la acedia?”. Se presenta como un síntoma que afecta a la vida espiritual. Produce un “inmediatismo ansioso”. Se define como la pérdida de la paciencia en los procesos personales, o de las demás personas. Quiere obtener resultados inmediatos, y los cambios deseados tienen que darse ya. No aguanta la espera que requieren los procesos. Las personas atacadas por la acedia están obsesionadas por preservar “su tiempo”. No están dispuestas a perder el tiempo y, por eso, para nada se puede contar con ellas. Revisten su vida de un “gris pragmatismo”. Se apegan a una “tristeza dulzona, sin esperanza”. La acedia vuelve a los creyentes “pesimistas quejosos y desencantados”. La acedia genera desiertos espirituales, ambientes personales áridos.

Síntomas de la acedia son: atonía, pérdida de tensión en el alma, sensación de vacío, aburrimiento, desgana, incapacidad de concentración, ansiedad del corazón, falta de esperanza. Llega precedida de la “tristeza” y la “agresividad”. Llega después de un deseo frustrado (tristeza) y después de encenderse, se convierte en ira. Quien tiene el virus de la acedia manifiesta un vacío interior y una inquietud y desasosiego, que le lleva a desear el cambio, a buscar compensaciones: ¡cambiar de casa, de trabajo, de amistades, de compañías, de instituto religioso, de matrimonio o abandonar la propia vocación! Quien está afectado por la acedia no acaba los trabajos emprendidos. En el fondo, se trata de una persona que no se aguanta a sí misma, y, por eso, se evade.

Se encuentra en personas adictas al trabajo, a la actividad constante, a la agenda llena, al móvil siempre en actividad. ¡Deseo de cambiar cuanto antes para obtener algo mucho mejor! Así se oculta el propio vacío interior, se huye del tiempo para establecerse en el instante. Todo se exagera y magnifica. Después se ve: no hay amabilidad sino intolerancia, amargura y prisa. Culpa a todo lo exterior. No percibe que nace de dentro: de un amor desordenado a uno mismo. Se hace el día interminable, intolerablemente largo. Las semanas agotadoras, se añoran las futuras vacaciones que parecen lejanísimas. No sabe cómo deshacerse del peso de esperar. La persona aquejada por la acedia, encuentra la solución de su pesar en la huida: cualquier lugar le parece mejor que aquel en el que está ubicado, desea otros tiempos, otras compañías, todo lo que viven los demás, le parece mejor que lo suyo.

Descubrimos que la acedia surge de una falta de fe en la Providencia de Dios. Por eso, el futuro se contempla como una realidad que no tiene que ver con Dios: pasará lo que tenga que pasar, pero Dios no interviene. El futuro es un tiempo no garantizado y depende de cómo uno lo gestione o aborde. Los afectados por la acedia no aguantamos “los largos plazos” y todo lo queremos “a corto plazo”. ¡Es la nueva concepción del tiempo: la seductora levedad del ser, la vida instantánea!

Cuando nos alejamos de la presencia de Dios —en cambio— nos sentimos expuestos al paso del tiempo, y sumamente débil ante algo que no depende de sus propios recursos. Cuando Dios es evacuado del futuro, el ser humano trata de apropiarse de un tiempo que él no puede dominar y del cual no puede esperar nada, a no ser el resultado de sus propios esfuerzos. Para quienes no tienen esperanza y no creen en la Providencia, el tiempo se les hace una carga pesadísima. La acedia es, en el fondo, falta de fe en la Providencia de Dios. Ésta conduce a no-esperar nada del futuro, tiene prisa. Tiene aversión a la espera porque no cree en la Providencia, porque no soporta tener que esperar una actuación improbable de Dios. La industria de la diversión, de los viajes, evasiones y aventuras trata de curarla, ¡pero en vano! Después se aumenta la dosis, porque una no basta.

Lo que Dios nos dice. Para quienes creemos en un Dios providente, el tiempo está en sus manos: es tiempo de Dios, historia de Salvación. Para el creyente en la Providencia Dios no está lejos, y nada hay que lo separe de la mirada de Dios.

“Por eso os digo que no andéis angustiados por la comida y la bebida para conservar la vida o por el vestido para cubrir el cuerpo. ¿No vale más la vida que el alimento?, ¿el cuerpo más que el vestido? Fijaos en las aves del cielo: no siembran ni cosechan ni recogen en graneros, y sin embargo, vuestro Padre del cielo las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? ¿Quién de vosotros puede, por mucho que se inquiete, prolongar un poco su vida? ¿Por qué os angustiáis por el vestido? Mirad cómo crecen los lirios silvestres, sin trabajar ni hilar. Os aseguro que ni Salomón, con todo su fasto, se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy crece y mañana la echan al horno, Dios la viste así, ¿no os vestirá mejor a vosotros, hombres de poca fe? En conclusión, no os angustiéis pensando: ¿qué comeremos?, ¿qué beberemos?, ¿con qué nos vestiremos? Todos eso buscan ansiosamente los paganos. Pero vuestro Padre del cielo sabe que tenéis necesidad de todo aquello. Buscad, ante todo el reinado de Dios y su justicia, y lo demás os lo darán por añadidura. Así pues, no os preocupéis del mañana, que el mañana se ocupará de sí. A cada día le basta con su propio afán.” Mt 6,25-34.

Dios es providente no solo porque es el único señor del tiempo y de la historia, sino también porque nos garantiza un tiempo lleno de sentido en el conjunto de la historia, y no permite que el tiempo se fragmente y caiga en una sucesión informe de instantes desarticulados que se suceden unos a otros. Sólo Dios puede hacer que se acabe la espera. Al ser humano solo le queda confiar y adorar, resistir y esperar la acción de Dios.

Cómo podemos vivirlo. Esa fue la característica de la vida de Jesús: no tanto que soportó el sufrimiento, sino que resistió y esperó en Dios hasta el final. Y por eso, la misión evangelizadora muestra caminos para hacer ver que “otra realidad es posible”. El remedio teológico, está en “poner al día nuestra Alianza con nuestro Dios”. El recuperar el amor de Alianza, de amistad con Dios, para llenar nuestra vida y nuestro tiempo de sentido. Una pasión se vence con una pasión mayor. Quien se enamora de Dios, poco a poco hace retroceder la acedia. Es necesario hacerse permeable a la “invasión de lo divino” que el Espíritu protagoniza de las formas más insospechadas. Se trata de descubrir la “gracia” de cada momento. Consiste en acoger “el acontecimiento del amor, de la belleza, de la verdad” como algo real, entusiasmante. Y, sobre todo, descubrir en el tiempo, en nuestro tiempo, la historia que Dios mismo va escribiendo. ¡Crear en que existe la Providencia!